

(Transcripción)

Rocca di Papa, 17 de mayo de 1980

Mensaje de Chiara Lubich al Genfest 1980:

"Por un mundo unido"

Queridísimos gen y todos vosotros jóvenes, que os disponéis a celebrar el Genfest 1980: bienvenidos a este estadio donde dentro de poco se alternarán canciones, músicas, mímicas, experiencias, mini-espectáculos, preparados por vosotros mismos con esmero y pasión en los diferentes lugares del mundo.

Llegó la hora, ha llegado el tiempo que nos gusta definir "momento de Dios".

Dejad, pues que en nombre de Dios abramos esta fiesta de la juventud, que no quiere limitarse a ser una manifestación de alegría entusiasta e impetuosa, sino que se ha dado un lema sumamente comprometedor: "Por un mundo unido".

Éste es el motivo más profundo que os ha impulsado a venir esta tarde a Roma de forma tan numerosa.

¿Es una idea apropiada? ¿Necesita el mundo la evocación a la unidad? ¿Es conveniente que también nosotros intentemos dar una aportación para componer en armonía nuestro planeta arlequín que espera, que lucha, que sufre, que ríe, que odia, que mata?

Creo que nadie pueda negar haber visto por las calles de este mundo amado los dolorosos traumas ocasionados por las más diversas divisiones.

Fijaos en las generaciones: ¿no es verdad que tienden a vivir completamente separadas entre sí? ¿No constatáis entre padres e hijos incomprensiones siempre más graves, un distanciamiento siempre mayor debido a esa recíproca incapacidad de escucharse y entenderse? ¿Y no asistís hoy a la destrucción o sustitución de aquella que ha sido en la historia del hombre la célula fundamental de la sociedad: la familia?

¿Y la falta de unidad entre los sexos? ¿No se da a veces, de parte tanto de mujeres como de hombres, una búsqueda exasperada de su espacio en la sociedad que genera contrastes e incomprensiones?

La sociedad industrial, basada en el tener en vez que en el ser, ¿no ha ocasionado nuevas zonas de marginación? Y de nuevo emerge la división entre las personas. Ahí tenemos a los "nuevos pobres": los ancianos que no producen, los jóvenes que no se injertan, los parados... El haber puesto el acento en el bienestar y no en el hombre ha ocasionado tensiones, frustraciones, desesperaciones tanto individuales como colectivas.

Además también hay divisiones a nivel de naciones por la hegemonía mundial, como entre el este y oeste; o la división norte-sur, entre naciones ricas e industrializadas y naciones pobres en vías de desarrollo; también divisiones raciales como en muchas naciones de África.

No faltan divisiones incluso entre los promotores de una misma ideología como en los países asiáticos; y por último divisiones religiosas, como las que vemos tras el despertar del mundo islámico.

¿Y podemos acaso llamar unidad a la que se basa en la opresión de los derechos humanos y

de toda libertad? ¿Podemos llamar unidad a eso que se cree realizar ahí dónde la libertad religiosa es violada?

Pero entonces, nos preguntamos: ¿es solamente desunión, o una unidad equivocada, lo que existe en el mundo?

No. Gracias a Dios y a los hombres de buena voluntad, a todas esas diversas divisiones se contraponen esfuerzos plausibles para recomponer la unidad.

Miremos a los individuos y a los grupos. Notamos una mayor disposición de servicio a los demás, para la inserción de los ancianos, de los marginados, de los minusválidos, de los drogadictos, de los prófugos; surgen iniciativas para el seguimiento de los enfermos en los hospitales, de ayuda a los alcohólicos, a la familia, a la vida. Se está más dispuestos a ayudar a poblaciones damnificadas, a prestar asistencia sanitaria y técnica en zonas de pobreza, a combatir el hambre en el mundo emergente.

En las comunidades se despierta el sentido primario de la unidad, especialmente en aquellas con un compromiso espiritual. Además, en la familia encontramos que, no obstante todo, se redescubren sus valores en modo nuevo, abierto a la sociedad que la rodea.

Han florecido entes privados que desarrollan una acción de tutelaje de los derechos humanos; y otros que trabajan variadamente para ayudar sobre todo a las poblaciones en dificultad.

Intervienen entes nacionales e internacionales.

Cada día se verifican encuentros entre exponentes de diferentes naciones para establecer relaciones más abiertas y de cooperación.

En el campo ecuménico, además de la promoción de contactos a nivel de responsables, muchos grupos hacen una acción ecuménica a nivel de base, de relaciones personales.

Entonces, nos podemos preguntar: en este contexto histórico, ¿qué lugar tiene el Movimiento Gen? ¿Cuál puede ser su aportación?

El Movimiento Gen no olvida que es un hijo de la Iglesia, de esta Iglesia del 2000, florecida hace veinte siglos del corazón de Cristo, quien antes de fundarla se dirigió al Padre pidiendo: “Padre que todos sean uno”; pidiendo en práctica la unidad del mundo.

Entonces la aportación del Movimiento Gen no puede dejar de tener un alcance incalculable, un valor inmenso: el de contribuir a introducir en los esfuerzos humanos que tratan de construir puentes y establecer relaciones, una fuerza divina, sobrenatural, ¡potentísima!

Los gen perciben, conocen el misterio de Dios al que adoran.

Él es Uno como ninguna otra cosa en el universo creado. Sin embargo es Trino: Tres son las Personas de la Santísima Trinidad. ¿Y quién las hace uno? El amor.

Pues bien, los gen son conscientes de poder participar en este amor divino que hace uno a Dios y de estar en condiciones de inyectarlo en las estructuras de la sociedad, entre hombre y hombre, entre grupo y grupo, entre pueblo y pueblo, realizando una unidad única, solidísima e inquebrantable.

Es más, los gen, vosotros gen, sois los primeros en basar vuestra vida, todas vuestras unidades, cada actividad y vuestras manifestaciones, en este amor que desciende del Cielo.

También hoy, también en este momento, estoy segura de que vuestra intención tiene este enfoque: no estáis aquí ante todo para cantar, para tocar, para representar, para hablar, para danzar, sino para amar.

De este modo dais inicio al Genfest realizando aquí, entre todos, esta unidad que deseáis para el mundo entero.

El amor recíproco entre vosotros ya es una realidad: estáis aquí dispuestos a morir unos por

otros.

¿Y qué sucederá?

Cristo estará en medio vuestro, espectador y actor a un tiempo del Genfest; también la gloria a él estará asegurada y el testimonio ante el mundo que os circunda será grande y eficaz.

Además el Genfest será un trampolín hacia el luminoso mañana que os espera. Esparcidos por más de cien naciones, anunciaréis con centuplicado entusiasmo vuestro mensaje, pero sobre todo comunicaréis con renovada convicción la gran realidad. Mirad –diréis- mirad que Dios ha mandado su mismo amor a la tierra. Por tanto, hagamos resplandecer en todo el mundo la unidad.

Con esta visión, con esta esperanza, con esta inmensa riqueza, declaramos abierto el Genfest.